

## CAPÍTULO XVII

Con profunda satisfacción, ni aun las almas buenas están libres de estas cosas, reunió á la mañana siguiente la señora de Savignat los documentos naturalistas que por medio de su paisano el mozo de Pontgibaud le había procurado la Proviencia, precisamente en el momento en que más los necesitaba.

Se alegraba de antemano de la sorpresa del abogado cuando la viese llegar á su casa con las manos llenas de aquellas pruebas que pedía, deseando en el fondo que no se le pudieran proporcionar.

La pobre señora no estaba lejos de pensar que si excelente amigo Peyral no defendía con mucho calor los intereses de su hija y suyos, porque, feliz en su matrimonio, cuya paz nada turbaba, se abandonaba como los soldados de Aníbal á las delicias de Capua, encontrando muy bien arreglado todo en un mundo en que tan bien le iba.

No era ya un abogado de combate, sino de conciliación; especie rara sin duda, y que en ningún caso podía convenir á la suegra del marqués, en la situación en que estaban las cosas.

Gracias á Dios iba á anular sus objeciones, tapándole la boca con aquellas pruebas que no admitían discusión, puesto que eran bastante claras.

Salió, pues, orgullosa del efecto que iba á producir, atravesando el jardín en una mañana espléndida, y después de mirar hacia los balcones de su hija, que aun estaban cerrados, atravesó la puertecilla que separaba las dos casas, y por la ventana, que estaba abierta, de su despacho, vió al abogado, ya en su bufete, hojeando un legajo.

Dejó ver por la ventana su regocijada fisonomía, y dijo:

—Soy yo.

El abogado levantó la cabeza, y quedó sorprendido de la expresión triunfante de su amiga. ¿Qué cambio podía haber ocurrido en la marcha de sus asuntos?

Se apresuró á abrir la puerta que daba al jardín, é introdujo á su amiga, á quien instaló en la gran butaca de los clientes.

—Está usted muy alegre—dijo.—Luego hay buenas noticias.

—¡Hum!—dijola viuda;—buenas noticias... no sé qué decir á usted: depende del punto de vista en que uno se coloque.

- Explíquese usted.  
 —Para una separación necesita usted hechos... graves.  
 —Sin duda.  
 —Y ciertos... por ejemplo, cartas.  
 —Cartas, si se quiere...  
 —En fin, algo que pruebe á los jueces, muy difíciles de convencer, que el marido engaña á su mujer y que tiene intrigas... con... individuos.  
 —Usted lo ha dicho. En otro tiempo hubiese sido insuficiente, y se exigía que las relaciones tuviesen un carácter particular...  
 —¿Particular?—dijo preocupada la señora de Savignat... —¿De qué modo?  
 —La ley exigía que la querida habitase en el domicilio conyugal.  
 —¡Qué horror!  
 —Era condición precisa.  
 —¿Y ahora?  
 —Ahora, viva donde quiera; basta que se haga constar el adulterio del marido.  
 —Entonces, si ese marido tiene una casa para esos casos, si recibe allí á sus queridas y su correspondencia, que prueba la vida que hace, no tiene ya objeción alguna qué hacer.  
 —Ninguna.  
 —Pues bien, ahí la tiene usted—dijo la señora de Savignat echando sobre la mesa su voluminoso paquete.—Lea usted eso y quedará edificado

- acerca de la conducta de su amigo el marqués de Avoise... un verdadero Sardanápalo.  
 —El marqués no es mi amigo.  
 —Sí lo es, puesto que usted le defiende.  
 —No se puede discutir con las mujeres, ni aun con las más razonables—dijo sonriendo el señor Peyral.—Veamos esos papeles.  
 Ya iba á coger el paquete, cuando dijo, mirando á su cliente:  
 —Pero, ante todo, ¿cómo se ha procurado usted estas cartas?  
 —¿Qué le importa á usted?  
 —¿No habrá sido con soborno ni violación de domicilio, supongo?  
 —No hubiese tenido el menor escrúpulo en ello.  
 —¡Oh!  
 —Todos los medios son buenos cuando se decide de la guerra.  
 —El principio es lato.  
 —Pero ni aun el trabajo he tenido de violar el domicilio del delincuente.  
 —¿Dónde está situado ese domicilio?  
 —En la calle de Lisboa.  
 —Buen barrio; pero, en todo caso, esas cartas no han venido por sí mismas á manos de usted.  
 —Casi, casi: me las ha entregado un pobre diablo de mi país.  
 —¿Y de dónde las había sacado?  
 —Lo ignoro.  
 —Es un verdadero prodigio.

—Dice que se las había dado una señora rubia en la calle, con cinco francos de propina y mi dirección.

—¿Y no sabe usted quién es?

—Absolutamente.

—Es raro.

—Alguna querida celosa, sin duda, que ha querido vengarse del marqués.

—¡Ah! Es posible.

—No sé más.

—¿Y no ha visto usted la casa?

—No he salido de la mía.

—Me extraña, dada la actividad de usted.

—¿Y qué iba á hacer yo allí? Cuando haya usted leído las cartas comprenderá que no falta nada, y no tengo necesidad de molestarme.

—¿Las ha leído usted?

—¡Dios me libre! He visto algunas por encima... horrores...

—¿Tanto como eso?...

—¡Ay, amigo mío! ¡Vivimos en una época bien corrompida y en una ciudad donde pasan unas cosas!...

Y la señora de Savignat hizo ademán de taparse la boca.

El señor Peyral se decidió por fin á hojear el cartapacio galante que ponían ante sus ojos, pero lentamente y con indiferencia. Sabía muy bien lo que iba á encontrar en él, y hubiese podido dictar, con los ojos cerrados, las cartitas que de

bía haber recibido á docenas el galante marqués.

Desde el momento en que tenía una habitación particular era para usar de ella, y el abogado no encontró en las primeras cartas nada de extraño.

La que abría la marcha estaba concebida en estos términos:

«Mi adorado Gaetano:

Ya sabes que no soy mujer interesada, y que me repugna pedir limosna, sobre todo á mis amigos del corazón; pero estoy agobiada de deudas, y sé por Tallerande que has estado de vena esta noche.

Enviame cien luises; es un dinero que no perderás, bien lo sabes, mientras que, si me lo niegas...

Te abraza y te besa

NINIE».

Debajo de la firma había escrito Gaetano con lápiz:

«Enviados: vale más, y no lo siento».

El marqués era un hombre ordenado, á su manera.

La segunda estaba concebida en términos menos vulgares, y el papel, muy perfumado, estaba timbrado con una corona condal, debajo de la cual campeaba un lema bien conocido en la nobleza francesa.

«Has pisoteado cuantos sentimientos buenos había en mi corazón.

Yo esperaba que la grandeza de mi sacrificio te impondría, al menos, alguna reserva, impidiéndote torturar un alma amante y ávida de complacerte, que se te había entregado por completo; pero me has hecho pagar bien caro un momento de debilidad, que me censuro amargamente, y que voy á expiar por toda una vida de soledad y de arrepentimiento...»

Y así seguían cuatro páginas llenas de quejas, ruegos y amenazas.

El señor Peyral buscó la firma, que no tenía la carta, como tampoco fecha, y solamente encontró al pie de ella esta crítica del marqués, á modo de comentario:

«No es mujer, sino una oveja baladora con uñas bajo su lana sedosa... Para traspasarla á de Fresno, que la consolará... El amor suaviza las costumbres...»

—Nos falta una cosa—dijo el abogado.

—¿Todavía?

—Se trata tal vez de relaciones anteriores al matrimonio...

Esta observación sacó de quicio á la señora de Savignat. Entonces ¿era preciso flagrante delito? Para eso habría que poner en campaña á la policía y provocar un escándalo horrible... Más valía entonces tomarse la justicia por su mano, ya que la ley exigía tantas formalidades y agravios.

Todo lo que ella sabía era que su Elena era desgraciada y que, costase lo que costase, era preciso acabar con aquella situación.

El señor Peyral la dejaba hablar y continuaba tranquilamente el examen de la curiosa correspondencia que tenía delante; pero, de pronto, la señora de Savignat le vió palidecer horriblemente, examinando con ojos extraviados una carta que leyó por tres veces, y sus facciones descompuestas expresaban tal angustia, que la viuda se levantó vivamente y, poniendo una mano sobre su hombro, le dijo:

—¿Qué tiene usted?

—¿Yo? Nada...

Y doblando el papel que tenía en la mano, como si hubiese querido ocultárselo á su amiga, añadió:

—Un mareo; pero ya ha pasado.

Se pasó la mano por la frente, y haciendo un violento esfuerzo de voluntad, que no escapó á la mirada penetrante de la señora de Savignat, repuso:

—Hay cosas que requieren reflexión: si le parece á usted, voy á leer detenidamente estos papeles, que son, en efecto, muy importantes, y luego daré á usted mi opinión. Creo que con ellos podemos llegar á una solución y obtener lo que usted desea.

—Tiene usted razón—dijo la viuda;—hay tiempo, y se cansa usted demasiado. Le dejo á usted. Tómese usted todo el tiempo que necesite, y sobre

todo no vaya usted á caer malo. ¿Qué nos quedaría entonces, Dios mío?

El abogado movió la cabeza.

—No tema usted—dijo.—Yo no sé lo que me ha dado, pero soy muy fuerte.

Sentía ansia por estar solo, y acompañó á su vecina por el jardín, volviendo apresuradamente á su despacho no bien cerró la puerta medianera; y después de cerrar con llave todas las puertas, se sentó delante de su mesa, tomando con mano trémula la carta que había ocultado á la mirada de la señora de Savignat.

—Quisiera dudar—murmuró entre dientes, después de mirarla con atención y volverla en todos sentidos;—pero es su letra y su nombre. ¿Cómo es esto posible?

La carta decía:

«Mi querido Gaetano:

Me preguntas si soy feliz, y no sé qué contestarte; todo lo que puedo decirte es que siento una gran turbación y estoy como arrepentida de mi debilidad. Esto que experimento debe llamarse, creo yo, remordimiento, y, sin embargo, te amo, te amo.

MATILDE».

No había fecha.

Todas las demás cartas desaparecieron ante la vista del abogado, y empezó á buscar febrilmente las que tenían la misma letra, encontrándolas fácilmente.

Eran cuatro, y muy significativas.

En una, cuyo membrete, que decía: «Fanny Llande, modas, calle de la Paz, 19», dejaba comprender la época en que fué escrita, leyó el señor Peyral estos renglones: «Hasta la noche, pues; nos reuniremos en el boulevard á las nueve; pero ¿para qué llevas amigos? ¿Quieres que me muera de vergüenza? Te abrazo».

Las últimas, aunque probaban la existencia de relaciones íntimas, eran insignificantes: la mujer que firmaba «Matilde» contestaba en ellas á su amante que estaría ocupada hasta muy tarde, y que no podía salir, pidiéndole que no la esperase; pero el conjunto era bastante claro para convencer al más incrédulo.

El abogado, sin embargo, quería dudar aún, y sacó del cajón de su mesa algunas que conservaba cuidadosamente, acercándolas á las otras. El parecido de la letra era extraordinario, innegable; y, por otra parte, el señor Peyral la conocía muy bien, puesto que leía á menudo aquellas frases de amor que le dirigía su mujer cuando á veces tenía que ausentarse de París por algunos días. Las devoraba, lejos de ella, con todo el ardor de su pasión, y no podía desconocer las otras; aquellas cartas infames que la casualidad había puesto en poder suyo.

Pronto vino el retrato de Matilde á disipar sus últimas dudas, y fué el golpe final, porque la nota expresiva del marqués era terminante.

¡La había amado, fué su querida, y la amaba aún!

Este rayo de luz deslumbró al señor Peyral como si hubiese brotado de un relámpago, trayendo con él el rayo, y le parecía que todo se derrumbaba en torno suyo, cayendo desde una altura de luz y de flores hasta el fondo de un abismo de fango y de tinieblas.

Encerró en un cajón el legajo fatal que su amiga le había traído, se guardó en el bolsillo la llave y llamó á su criado, al cual dijo:

—Mí abrigo, pronto.

—¿Volverá el señor para almorzar?

—No; tengo que hacer. Avise usted á la señora que no podré volver hasta por la noche.

Puso en su cartera varios legajos que necesitaba en la Audiencia, y salió precipitadamente.

Una vez en la calle, respiró ruidosamente. La ira es mala consejera, y quería estar solo para reflexionar.

Para él, estar solo significaba no encontrarse frente á frente de aquella mujer que había representado á sus ojos el mundo entero, y á quien no sabía ahora si debía amar ó aborrecer.

---



---

## CAPÍTULO XVIII

---

Quando bajó Matilde de su cuarto, á eso de las diez de la mañana, con el corazón oprimido por las palabras que la dirigió el marqués, la noche anterior, entró en el despacho de su marido, tèmerosa de afrontar su presencia, puesto que era evidente que el peligro de que la advertía su antiguo amante debía provenir del señor Pyral, y se preguntaba con terror si no se había cometido alguna indiscreción y si la casualidad, terrible á veces en sus combinaciones, no habría hecho caer en manos de aquel hombre, su esposo y su amigo, pero también su dueño y su juez, algunas de aquellas fatales cartas tan imprudentemente conservadas por el marqués.

La imaginación calenturienta le creaba mil fantasmas amenazadores, y, al encontrar desierto el despacho, experimentó un sentimiento de alivio: era una tregua.

Justino, que estaba echado en una butaca leyen-

do tranquilamente un periódico, se levantó de un salto al ver á su ama.

—¿No está mi marido?—preguntó la joven.

—No, señora: ha salido.

—¿Hace mucho rato?

—Hará un cuarto de hora.

—¿Para negocios?

—Para negocios sin duda: el señor tenía mucha prisa y me encargó que advirtiera á la señora que no vendrá á almorzar ni volverá hasta la noche. El señor habló de una cita...

—Está bien.

Matilde casi se alegraba de esta ausencia. Había resuelto no ir á la calle de Lisboa, y, sin embargo, experimentaba una angustia terrible. Quería saber cuál era aquel gran peligro suspendido sobre su cabeza. Era una idea fija, y hubiese dado dos años de vida por conocerlo.

Trató de distraerse de aquel terror que la paralizaba: después de todo, no se creía culpable.

Desde su casamiento había cumplido con sus deberes con una abnegación que debía borrar las faltas de un pasado lejano ya; había sido dulce y sumisa para su marido, perteneciéndole exclusivamente en cuerpo y alma, sin que jamás cruzase por su imaginación la idea de una infidelidad. ¿Qué más podía pedirle? ¿Qué promesa había hecho que no hubiese cumplido? El destino sería realmente muy injusto si no la tenía en cuenta su resistencia y sus esfuerzos, y estaba tentada de

rebelarse contra la suerte que, en el momento en que vivía tranquila y arrepentida de una debilidad, fácil de comprender, y aun acaso de disculpar, echaba todo el peso de ella sobre su cabeza.

Se preguntaba con despecho cuántas, de entre las de su clase, hubieran rechazado las proposiciones de los amigos del marqués, el barón de Tallerrande y el conde de Fresnes, dispuestos á asegurarle un porvenir brillante, mientras que ella se condenaba, por virtud, á una existencia pobre, á las tentaciones de la soledad y á las privaciones penosas, que son el lote de las muchachas abandonadas, obligadas á ganarse la vida en la inmensa batalla de París, donde los débiles son aplastados por los fuertes en la aspiración general de abrirse camino pronto.

Era también posible que aquel aviso del marqués ocultara un lazo, en el cual no debía ella caer, puesto que le conocía. Le había declarado que quería recobrarla y no omitiría medio de reanudar las relaciones rotas. ¡Si fuese éste el que había escogido!

Pero al mismo tiempo pensaba que no podía haber hombre de tan mal corazón que la torturase por una debilidad cuyas ventajas había disfrutado: sería inicuo, y el señor de Avoise no tenía el alma tan baja.

Es verdad que era egoísta, aficionado al placer, inerédulo y burlón; tenía mil defectos, una gran ligereza y un desdén increíble por los intereses ó

los sentimientos de los demás; pero era, ella al menos lo creía, incapaz de descender á maquinaciones vergonzosas para obligarla á volver á él contra su voluntad.

Si le suplicase que respetara su tranquilidad, jurándole que en ningún caso obtendría nada de ella, le arrancaría tal vez la promesa de renunciar á su persecución...

Poco á poco fué haciéndose á la idea de acudir á la cita, para acabar de una vez, y durante el almuerzo acabó por decidirse á ello.

La ausencia de su marido era providencial: una ocasión que tal vez no volvería á presentarse y era preciso aprovechar.

Trató de ver al marqués en sus balcones, pero no se asomó.

Á las dos luchaba aún indecisa; pero de pronto formó su resolución; vistióse apresuradamente con un traje oscuro, y con la cara cubierta por un tupido velo, bajó y salió á la calle con paso rápido.

Sofía, que se hallaba en la portería de la calle de Saint-Honoré, dijo al verla pasar tan de prisa:

—No sé lo que tiene la señora desde esta mañana: le pasa algo raro.

Á pocos pasos de su casa llamó la joven un coche de alquiler que pasaba vacío, y dijo al cochero:

—Boulevard Malesherbes, en la esquina de la calle de Lisboa.

El caballo tenía una calma excepcional, aun para ser de coche de alquiler, y no llegó al lugar indicado hasta las tres menos cuarto.

El marqués debía haberse cansado de esperar, y la habitación estaría, sin duda, desierta.

La señora de Peyral salvó con ligereza la distancia que la separaba de la casa, y en su precipitación no reparó en otro coche de alquiler; una berlina amarilla, que estaba parada en la acera de enfrente, algunas casas más allá de la del señor de Avoise.

De otro modo, hubiera podido ver al mayordomo de la señora de Savignat oculto en aquel coche, como un acorazado delante de un puerto enemigo, y observando curiosamente la fachada de la casa á que se dirigía.

El buen hombre cumplía militarmente su consigna.

Gaetano había salido á la una y media de la plaza de Vendome, y Lorenzo se había apresurado á seguirle los pasos.

La señora de Peyral, azorada, como una perdiz perseguida por un ave de rapiña, se precipitó en el portal de la casa, que conocía de antiguo, después de haber echado á derecha é izquierda una de esas rápidas ojeadas que delatan á la mujer culpable, y preguntó al portero con voz trémula, sonrojándose bajo su velo:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

14

"ALFONSO RUIZ"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿El señor de Avoise?

—Entresuelo derecha.

Subió la escalera y llamó.

Un ligero ruido llegó hasta ella del interior del cuarto, y la puerta se abrió suavemente.

---

## CAPÍTULO XIX

---

En aquel mismo instante, el señor Peyral volvía de la Audiencia.

Había pedido la suspensión de la vista, pretextando una indisposición, porque se sentía incapaz de coordinar las ideas: su cabeza ardía, y no hay comparación más exacta con el cerebro de un hombre, sobre el cual cae una catástrofe tan imprevista, como la de que es una caldera demasiado caldeada y próxima á estallar.

Quería ver á su mujer, interrogarla y saberlo todo de sus labios: la espera era superior á sus fuerzas.

Subió á su cuarto, creyendo encontrarla; pero estaba vacío; y como el tiempo era espléndido, pensó en que habría bajado al jardín, y que allí la hallaría.

Abrió las ventanas y se inclinó hacia afuera, pero no vió nada, y entonces llamó con voz alterada:

—¡Matilde!

No recibiendo respuesta, renovó su llamamiento con voz más fuerte, en la cual se adivinaba la cólera.

Justino fué el que apareció.

—¿Busca usted á la señora?—dijo.

—¿Dónde está?

—Ha salido.

—¿Hace mucho tiempo?

—Poco después de las dos.

—¿Y no ha dicho adónde iba?

—La señora no ha hablado con nadie.

—¿Cómo estaba vestida?

Justino vaciló: aquella pregunta le asombraba, y pensó de su ama lo que Sofía había dicho por la mañana de su señora: «Le pasa algo raro»; pero contestó al fin:

—La señora estaba vestida de negro, y llevaba un velo espeso sobre la cara... no tenía nada de particular...

Hay horas en las que todo se ve bajo los aspectos más siniestros, y el abogado estaba en una de esas horas.

Tuvo una inspiración súbita, sugerida por los celos, y, corriendo al hotel Savignat, preguntó por el marqués.

Había salido.

¿Cómo fué que acudió á su mente el recuerdo de la casa de la calle de Lisboa, cuya existencia sólo conocía desde hacía dos horas por la corres-

pondencia del marqués? No puede explicarse; y, sin embargo, su primer movimiento fué tomar un coche y dar al cochero esta orden:—Calle de Lisboa.

No sabía el número, pero sí que la casa debía estar en el centro de la calle, y esperó recordarlo, durante el trayecto, por un esfuerzo de memoria.

Pensando en ello, no podía resolverse á acusar á Matilde de una nueva traición; estaba colocada demasiado alta en su estimación para poder descender tanto de una sola caída, y suponía que existía un misterio que necesitaba aclarar.

La idea de que antes de su matrimonio había tenido amores con el marqués, era, por lo pronto, indiscutible: allí estaban las cartas para probarlo, claras, evidentes, y, sin embargo, quería encontrar una explicación, una excusa al menos, á aquella caída, y estaba impaciente por interrogar á la culpable y oír su defensa.

Aunque parezca mentira, y se le pudiera por ello tachar de cobarde, durante todo el camino fué inventando argumentos á cuál más especiosos para absolverla y perdonar.

La amaba ardientemente, y toda su aversión iba á estrellarse sobre el señor de Avoise, no sintiendo hacia su mujer más que la debilidad y la clemencia de una ternura cobarde que no trataba de contener.

No quería creerla odiosamente criminal, y le repugnaba pensar que hubiese sucumbido de

nuevo, y que, ingrata y culpable hacia él, hubiera podido faltar á sus juramentos, cediendo á los ruegos del amante cuya inconstancia había ya experimentado una vez.

En la esquina de la calle de Vacelay despidió el coche y se orientó; su memoria no le obedecía; pero, al seguir la acera, divisó un coche de alquiler parado á dos pasos de él, y, mirando al interior, maquinalmente, reconoció con sorpresa al *factotum* de la señora de Savignat.

—¿Es usted, Lorenzo?—dijo.—¿Qué hace usted aquí?

—El señor es discreto y amigo de la *patrona*; por lo tanto, puedo decírselo todo.

—¿Qué hay?

—Estoy vigilando esa casa—dijo Lorenzo, señalando al entresuelo del marqués.

Y añadió:

—Usted tiene la culpa, porque exige usted cosas...

—¡Ah! Yo soy el que...

—Si se pudiese traer ahora mismo un comisario de policía á la habitación del marqués, se cogería á los pájaros en el nido.

—¿Cómo?

—El marqués llegó hará una hora.

—¿Solo?

—Sí; pero esperaba una visita.

—¿Y esa visita?...

—La recibe en este momento: una señora joven y bonita, que seguramente viene por él.

—¿La conoce usted?

—¡Oh! En cuanto á ver su cara, imposible; lleva un traje oscuro y un velo muy espeso. Ya comprende usted que para estas aventuras se tapa uno lo más que puede. Será una mujer casada.

—Está bien—dijo el señor Peyral, profundamente alterado, aunque trató de disimularlo por un gran esfuerzo de voluntad;—creo que se equivoca usted. Estoy citado ahí con el señor de Avoise, y no es él el único que recibe mujeres guapas.

Atravesó la calle, llegó á la casa y entró en la portería, donde había una mujer como de cuarenta años, y de una fisonomía bastante inteligente.

—¿El señor de Avoise?

La portera le midió de alto á bajo con una sola mirada, y contestó:

—No está.

El abogado no se parecía á los visitantes ordinarios del entresuelo.

—Estoy seguro de lo contrario—dijo el señor Peyral, alineando cinco luses sobre la mesa en que la portera había dejado su calceta.—No le pido á usted más favor que el de no moverse de la portería ni avisar al marqués. Hay en este momento con él una mujer á quien quiero conocer. Le juro á usted que no armaré ningún escándalo; pero, si se niega usted, mando á buscar al comisa-

rio: nadie puede salir, porque está la casa guardada.

La portera reflexionó un solo instante.

—Haga usted lo que quiera—dijo por fin, extendiendo la mano hacia los luisas:—los asuntos del señor de Avoise no me incumben. Entresuelo derecha.

---

## CAPÍTULO XX

---

Era, en efecto, un lazo que el marqués había tendido á su antigua amante.

La curiosidad que perdió á Eva perderá eternamente á sus hijas.

El señor de Avoise, desde su visita, ó más bien desde su invasión en el cuarto de la señora de Peyral, se había sentido acometido de un deseo loco, bastando sólo un momento para reavivar en él una pasión ardiente, irresistible, y, en su afán de satisfacerla, no era hombre de retroceder ante una mentira que le parecía simplemente un ardid de guerra.

Cuando entró la joven en aquel salón, que volvía á ver tal y como lo había conocido seis años antes, Gaetano la cogió las manos y la atrajo hacia un sofá, en el cual se sentó, al lado de él, desasiéndose suavemente. Puesto que venía, ¿no debía ceder á su voluntad?

—Me parece que vuelvo á hace seis años—dijo

él,—y no puede usted figurarse lo feliz que me hace esa ilusión.

—No me recuerde usted una época que quisiera olvidar—replicó ella vivamente;—si me ve usted aquí, es que me trae el miedo á lo desconocido. Me asustó usted anoche. Desde entonces, ó más bien desde el día en que fué usted á mi casa, no vivo ni sosiego, temiendo verme comprometida, perdida á cada instante, por la temeridad de usted, por su audacia. ¿Qué tiene usted que decirme?

—En verdad que se me olvida al ver á usted. Todo desaparece de mi imaginación, y no sé ni aun si existe el mundo. Sólo me acuerdo de una cosa, de que la adoro á usted y de que no puedo soportar la idea de que me desdeña usted, de que pertenece á otro y de que he sido bastante loco y bastante imbécil para volver á tirar al mar la perla sin rival que poseía.

—No me diga usted, por Dios, palabras que no puedo escuchar. ¿Qué peligro es ése?

—Déjeme usted gozar, por unos instantes al menos, de su presencia. ¿Cuál es ese peligro? Se lo diré á usted; pero podemos evitarlo si usted quiere. Me avergüenzo de la imprudencia que cometí el otro día y que pudo perder á usted; pero ¿se razona cuando nos domina un sentimiento enloquecedor? ¿Qué le costaría á usted reanudar en silencio una cadena de flores que nadie sospecharía? Tengo culpas hacia usted, Matilde; pero me fueron impuestas por una situación que no me

era dado remediar. Hoy es una cuestión de salvación para mí el que reanudemos nuestras relaciones, y, contento con un amor ignorado de todos, la juro á usted renunciar á todas las locuras y á todos los desórdenes en que he buscado el olvido del pasado. ¿No puede usted conciliar esa secreta caridad para con su primer amante con sus deberes hacia el hombre á quien se ¡ha dado usted y que la ha tomado, mejor inspirado que los millonarios que pasaban al lado de usted sin apreciar su valor, como los salvajes que pisotean el diamante oculto en el terreno que atraviesan? ¿Acaso no ha pagado usted con largueza lo que llama su generosidad, entregándole los tesoros de su gracia y de su juventud? ¿Qué daño puede causarle un mal ignorado? ¿Cómo puede usted, que en otro tiempo era tan indulgente y tan buena, mostrarse hoy tan severa y tan inflexible? ¿Qué podré yo hacer para persuadirla, y cuál es mi crimen, sino el de no ser bastante rico para asegurar á usted un porvenir que hubiese querido ofrecerla, compartiéndolo con usted? He sido quizás el primero que ha reparado en usted, empezando á seguirla y hablándola, no solamente de placer, sino también de cariño. ¡Yo era joven, usted hermosa, y nos amamos, no lo niegue usted! ¡Se ofende á sí misma sosteniendo lo contrario! Una mujer como usted, inteligente, encantadora y pura, no se entrega sin que su corazón se haya interesado.

—¿Es para hablarme de esa manera para lo que me ha hecho usted venir?—dijo Matilde, fijando en él una mirada llena de indignación.

—Sí; para eso, y para otra cosa.

—¿Y qué otra cosa es ésa?

—Espere usted un momento. ¿Qué prisa tiene usted? ¿Acaso no está usted aquí, puesto que se lo he jurado, tan segura como en su propia casa? Créame usted, Matilde: la amo con delirio, y usted acabará por dejarse convencer, teniendo en cuenta mis esfuerzos por dominar esta pasión, que me arrastra hacia usted como el río hacia la mar. Hay en mi vida un gran remordimiento, y es el de haberla perdido por mi culpa. ¿Qué quiere usted! Yo me creía rico aún cuando estaba absolutamente arruinado, y al estallar el desastre me aterró. ¿Qué partido tomar? Un marqués de Avoise no puede vegetar en una oficina como el hijo de un procurador. Nobleza obliga, y era preciso rehacerme. Nosotros somos como los soberanos, que aceptan esposas que no hubiesen elegido por sí mismos, y que les impone la razón de Estado. Las locuras de mi juventud habían devorado todo mi patrimonio, y la necesidad me imponía un matrimonio hacia el cual le juro á usted que no sentía la menor inclinación: sólo una mujer sobre la tierra tiene el don de seducirme: ¡usted, Matilde!

La señora de Peyral le escuchaba mordiéndose los labios y con la mirada dura.

—No he podido olvidar á usted—continuó Ga-

tano.—El otro día me decía usted en su casa que Tallerande y los demás habían tratado de consolarla. Ya lo sabía, y me alegraba de su resistencia, en la cual veía una prueba de amor. No diga usted que no: sí, sí; esto es una ilusión encantadora; déjemela usted. Si hubiesen triunfado, creo que yo los hubiera desafiado en un acceso de rabia. He hecho cuanto estaba á mi alcance para convencerme de que debía cumplir las obligaciones que contraje al casarme; he viajado, esperando que la ausencia calmaría la fiebre de amor y de pesar que me abrasaba; todo inútil: la noticia de su casamiento me sorprendió cuando, cansado de luchar, iba á echarme á sus pies tratando de reconquistarla: era un nuevo abismo entre nosotros, y, desesperado, volví á arrojarme en el torbellino de esa vida insensata y absurda, lo reconozco, de que se me acusa. He pasado las noches en medio de esos locos que persiguen con afán la fortuna pidiéndola á la casualidad, que sólo les da la desesperación y la ruina. El juego no me bastaba, y he intentado otras aventuras: todo en vano: una sola idea me dominaba, y no veía más que á usted, Matilde, siempre y en todas partes, hasta que por fin se lo he dado á entender; pero usted ha cerrado los oídos á mis ruegos, fingiendo no comprenderme para desesperarme más.

Se acercó rápidamente á ella y, cogiéndola por un brazo, añadió con vehemencia:

—¿No sabías acaso que ése era el mejor medio de

aumentar mis deseos, llevándolos á un grado que ningún hombre puede resistir? Cuanto más huye el objeto amado, mayor es la violencia con que se le desea, hasta que llega un momento en que no se retrocede ante ningún obstáculo para alcanzarlo. Por eso, como has adivinado, recurrí á una mentira para atraerte aquí, donde ningún peligro te amenaza si no es la imprudencia fatal á que puede arrastrarme un día ú otro tu implacable resistencia. ¿Qué te cuesta ceder á mis ruegos? Déjate vencer y sé mía: es la salvación de los dos, porque te juro obedecerte en todo y respetar tu casa y tu tranquilidad; pero ¡por Dios! no me rechaces, porque no sé, en verdad, de lo que sería capaz.

Matilde desasíó su brazo de las manos del marqués y se levantó.

—Debo decir á usted cómo se llama su acción, señor de Avoise: una vileza; una vileza, sí, pero que no le servirá á usted de nada, porque lo que le he dicho á usted es cierto: amo á mi marido y jamás le engañaré.

—¡Matilde!

—Ruegue usted, amenace usted, como quiera. Mi respuesta será siempre la misma.

—¡Ah, ten cuidado!

—¿Qué haría usted? Tiene usted cartas, las pruebas de mi debilidad. ¿Se las va usted á enviar á mi marido?

El marqués palideció.

—¡Oh, qué idea—dijo,—y qué mal me juzga usted!

—Como debo. El hombre que es capaz de atemorizar á la desgraciada que persigue, amenazándola para obligarla á ceder, bien puede cometer otras bajezas.

—¡Matilde!—repuso el marqués.—¡Qué mal me conoce usted! Tal vez sienta usted algún día las palabras que acaba de pronunciar. No tengo el alma vil que usted supone, y voy á quemar ahora mismo, en su presencia, esas cartas, que son para mí un recuerdo querido, el único que me queda de usted. Con eso quedará usted en libertad.

Abrió la puerta del saloncito que servía de tocador, y, señalando al mueble, que había desvalidado la víspera la baronesa Nollet, la dijo:

—Ahí están: eran mis reliquias más preciadas y las he leído cien veces. Antes que hacer mal uso de ellas me hubiera saltado la tapa de los sesos.

Fué á la chimenea y buscó inútilmente el llavero en la copa de jaspe. De pronto su mirada tomó la expresión de inquietud; acababa de ver la llavecita de oro que dejó la baronesa en la copa, en lugar de las otras.

—Alguien ha venido—dijo.

—¿Quién?

—No lo sé—balbució el marqués;—pero en mi ausencia han forzado ese mueble;—y registró en vano las mesas, vació las copas, lo revolvió todo,

sin lograr encontrar las llaves, hasta que, desesperado, se decidió á romper los cajones, retrocediendo espantado al ver que faltaba la mayor parte de las cartas encerradas en ellos, y que entre las robadas estaban las de Matilde.

Gaetano palideció, y vió como un rayo de luz el rencor de que había sido víctima. La baronesa Nolle se había vengado de sus desdenes.

¿Qué había hecho de aquellas cartas? ¿Á qué manos habían ido á parar?

Indudablemente á las de la marquesa, á las de la señora de Savignat, y quizás á las del señor Peyral.

Matilde esperaba inmóvil, y con las facciones contraídas por la más cruel angustia.

—Me han robado las cartas—murmuró el marqués con un acento de verdad que no admitía duda.

—¿Quién?

—No quiero engañar á usted: es una venganza de mujer. Estamos perdidos usted y yo; pues aunque ignoro el destino que dará á esos papeles, es seguro que se servirá de ellos para perdernos.

—¡Ah!—murmuró la joven.—Presentia que me amenazaba una desgracia.

—¿Qué va usted á hacer?

—¿Lo sé acaso? La cabeza me arde, y me siento incapaz de pensar. Déjeme usted marchar.

—Matilde, la juro á usted que esta desgracia, que no podía prever, me impresiona más por usted que por mí.

—Déjeme usted pasar—dijo la joven sin cólera, aterrada y vacilante.—Me ha perdido usted... ya está usted satisfecho. ¿Qué más quiere?

—Pues bien—exclamó Gaetano.—No saldrás de aquí.

—¿Qué pretende usted?

—Ignoro lo que ha sucedido y no quiero saber quién ha robado esas cartas, ni el uso que piensa hacer de ellas. Que estés perdida como dices, ó que nada te amenace, ¿qué me importa? Si te abandonan y si me cierran la puerta de mi casa, huiremos juntos. Nada más deseo si me perteneces. Estás aquí, en mi casa, en este cuarto que me recuerda goces celestiales; te amo más que nunca y serás mía...

—No lo espere usted.

—Ó no saldrás de aquí.

—¿Es decir, que es usted, en efecto, un miserable, señor marqués de Avoise?

—Puede ser, si es ser un miserable el amarte hasta la demencia. ¿Quieres?

—No.

—Te lo ruego.

—Aunque me matara usted.

—¡Matilde!

—¡Nunca! ¿Lo entiende usted? Nunca.

El marqués la cogió con tanta violencia por una muñeca, que Matilde lanzó un grito; pero en el acto la soltó y quedó inmóvil al oír un fuerte campanillazo en la puerta.

Pasado un momento, volvieron á llamar con más fuerza aún.

—Escóndase usted—dijo el marqués á la señora de Peyral, que estaba más muerta que viva.

Se dirigió hacia la puerta y abrió, retrocediendo bruscamente dos pasos, al encontrarse enfrente del señor Peyral.

El abogado entró con paso lento, pero tan decidido, que el señor de Avoise no se atrevió á detenerle, y retrocedió delante de él.

Al levantar el señor Peyral la cortina del salón y ver á su mujer, que no había hecho el menor movimiento para huir, no dejó traslucir la menor emoción.

Vió los muebles abiertos y los cajones rotos, y dirigiéndose al marqués le dijo:

—No sabe usted lo que ha sido de sus cartas, y yo voy á decírselo. Una mujer rencorosa se las ha enviado á la señora de Savignat. Ignoro el nombre de esa mujer, pero puedo decir á usted que se las remitió por medio de un mozo de cordel á su hotel de la plaza de Vendome, y la señora de Savignat me las dió á mí casi sin mirarlas. Había una verdadera colección, y entre ellas he encontrado las de esa mujer, á quien creía honrada y leal y que no lo es, y no quiero negar á usted que este descubrimiento ha sido uno de esos golpes de los cuales se repone uno difícilmente. He sabido al mismo tiempo las señas de esta habitación, donde da usted sus citas, y venía á tener una explicación

con usted; pero es necesario aplazarla, porque no está usted solo, y lo que tengo que decir ha de ser sin testigos. ¡Hasta la vista, pues, señor marqués!

Cogió por un brazo á Matilde con un gesto brutal, la arrastró hasta la escalera, sin que ella pensase en resistir, vacilante y anonadada, y la dijo:

—Venga usted, señora.